

“LA LUZ DE LA GALERÍA”.

TEXTOS DE ELISENDA N. FRISACH A PARTIR DE IMÁGENES DE LA OBRA EN LA CALLE DE MARÍA BUENO



La luz de la galería, proyectada sobre la pintura mural de esta arcada de acceso al edificio, regala a la fauna fantástica que adorna las paredes su oscuro fondo vegetal. Es el sutil y umbrío paisaje sobre el que se animan los colores cálidos (el naranja, el amarillo, el rosa...) de estos animales sonrientes y luminosos: todo un símbolo de la vida, el mayor milagro que existe en la vasta inmensidad cósmica.



A partir del boceto preliminar, y mediante los dibujos trazados en la pared, se hace de la pintura una experiencia colectiva. Ello forma parte definitoria del proyecto “La Casita Iluminada”, durante el cual se llevó a cabo la recuperación de zonas degradadas de la ciudad de Málaga mediante la colaboración entre artistas y vecinos en la restauración de fachadas y espacios comunes. De esta manera, no solamente el arte recobra su particular cualidad participativa, sino que también supone la difusión del respeto y el amor por la comunidad.



Sobre el intenso fondo naranja, unas manos multicolores –indeterminadas en cuanto a raza, sexo y anhelos: humanas, solo humanas– unen estas cuatro figuras a través del tiempo y del espacio. Ejemplos todas ellas de artistas y activistas femeninas en un mundo que ha relegado la creatividad de la mujer al ámbito privado, la intensidad cromática de la pintura mural y el retrato ilustrado por sus nombres en unas virtuales placas de calle son quintaesencia de un estilo diáfano, intenso y cercano.



El misterioso arlequín que lanza (¿recibe?) aviones de papel sonríe, libre y pleno, viviente en el sentido literal de la palabra. ¿Ha sido creado por las esperanzas y los sueños de esas niñas que siguen habitando, todo color y alegría, en el interior de las blancas, tristes, paredes de la madurez? ¿O son la tozuda, irreprimible, alegría de vivir que el machismo, la ignorancia o el dogmatismo religioso no han extirpado del interior de tantas mujeres en el mundo?

El arlequín permanece de pie, recortado ante un paisaje azul de cielo y mar, con las manos extendidas, siempre firme.



Con la voluntad de desvelar la alegoría que une a las dos pinturas, para facilitar su comprensión y, por tanto, la crítica social y política que, con tanta sencillez como contundencia, llevan a cabo, el rótulo amarillo sobre ambas describe su contenido. De esta forma, la presencia elegante y oscura de la izquierda (tan sólida como impersonal, indescifrable) contrasta con la angustiosa viveza de la imagen derecha, una representación del hacinamiento y el peligro que supone viajar en patera en busca de una vida mejor que puede acabar solo en muerte (en negrura, en nada). “Pastel de país” alude, por tanto, a la condición de argamasa de una España cuyas costas del sur no dejan de recibir la llegada de seres humanos desesperados... o de sus cadáveres.



Más allá de las paredes de los museos, el arte se manifiesta de forma espontánea en tanto parte inevitable de la vida. Porque es sobre todo comunicación, unión y diálogo,

indagación y reflexión, epifanía. La sombra de un sujeto se proyecta sobre la hierba; en el interior de su silueta un rostro de expresión ansiosa emerge. ¿Está vivo el planeta? ¿Es la expresión del anhelo interior, del verdadero “rostro”, del personaje anónimo que permanece de pie? ¿O es un recordatorio del nacimiento de otra realidad mediante nuestra impronta creadora –en vez de destructora– en la Tierra?



Pocos paisajes pueden parecer más desolados que el de una zona urbana destartada. La grisura de la pintura de la pared, del asfalto, incluso de parte la acera y de su bordillo, despierta en el ánimo una inefable melancolía. La humedad –recuerdo de la vida– ha calado los ladrillos del muro y revelan su geométrica estructura. Tal vez si ese agua fluyera libre, sin impedimentos, haría brotar una flor bien distinta al ánimo taciturno que llena la mente y anega los ojos de ese único personaje, tan solitario y mohíno como su entorno.



Uno de los juegos al aire libre que tradicionalmente han practicado solo las niñas es saltar a la comba. Esta pintura en un muro al pie de calle expresa la comprensión, la unión y el respeto entre los dos sexos a través del amor. Cobijados bajo la silueta delgada y negra de la comba, en un rutilante fondo dorado y tapizado de corazones rosas y topos blancos y azules, el hombre y la mujer forman su propio mundo, al estar dispuestos a saltar juntos y superar no solo los prejuicios sino también las dificultades que la vida les depara, mientras unos rostros amables se regocijan de su felicidad.



Una frondosa enredadera corona la tapia de ladrillos donde una especie de libro de familia de la humanidad se expone al transeúnte; nuevamente, vida y arte, naturaleza y representación, se alían para llevar a cabo un canto a la diversidad de la existencia, fuente inagotable de maravilla, asombro y felicidad. Bajo la diferencia de razas, de culturas, de formas, de sexos o de cánones de belleza, el corazón de los seres humanos late exactamente igual. Y en esa corriente que se retroalimenta de unión y de comprensión yace la clave de la verdad y la felicidad.



El arte, en tanto expresión y quintaesencia de un momento concreto –en el cual se inserta tanto el artista como su público–, también puede ser foro de difusión de temas sociales. ¿Y qué mejor forma de dar, como reza explícitamente esta pintura, un “impulso a la mujer en el deporte” que plasmar sus logros en las gradas de un espacio público, al convertir cada escalón en el ascenso seguro y firme a un podio donde los triunfos se comparten en la camaradería del trabajo conjunto y conciencioso?



Según Orhan Pamuk, “los museos de verdad son aquellos sitios en los que el tiempo se transforma en espacio.” Que la obra de arte se encuentre constreñida entre las cuatro paredes de un austero edificio, donde a menudo se almacena más que se comparte

algo tan intrínsecamente marcado por su componente participativo como la creación artística, a la postre resulta secundario. Siguiendo el espíritu del escritor turco, pues, el auténtico museo se halla en la mirada del receptor, en su comunión con la obra y con el artista. Criaturas hechas de tela y pintura, estos “personajes” son expuestos sobre un paisaje tan típicamente urbano como un muro gris cubierto de *graffitis*. La implicación del destinatario es el propósito de la existencia misma de estos seres, que en simbiosis con su entorno, toman las palabras de la pintada y les dan nueva vida, ese “alcanzar la otra orilla” de la eternidad creadora.



Este largo muro que discurre en paralelo a la calle adquiere una nueva función, más allá de la que obviamente le es constitutiva –la de separar–, al ser decorado con estas figuras de aspecto femenino en blanco y negro sobre un fondo intensamente rojo. El gran contraste cromático no solamente destaca dichas figuras, sino que parece animarlas, a punto de moverse suavemente, como mecidas por la brisa. Los muros sirven para limitar, para desunir; paradójicamente, la cadena de mujeres que aquí aparece transmite el mensaje contrario: una fraternal comunidad de anhelos, emociones, pensamientos, destinos.



Aunque en general sean lienzos con suntuosos marcos clavados en blancas paredes los soportes típicos de las obras pictóricas, estas también pueden ser concretadas sobre maderas, sobre ladrillos, sobre papeles, sobre cerámicas... incluso sobre retazos de tela. Y con ello pueden salir a la calle, integrarse en la vida cotidiana del espacio humano y de sus pequeños objetos: una figurilla, un adorno navideño... o un cojín. El blanco corazón de algodón expuesto sobre el tronco de una palmera nos recuerda con dulce ironía que el amor no entiende de razas, de credos o de conveniencias; que es fatídicamente –¿fatalmente?– ciego. Tal vez ahí resida su gloria y su tragedia.



Como el dibujo concéntrico de las hondas hechas por un guijarro al golpear la superficie de un lago, también aquí paisajes distintos se integran y funden sobre un mismo eje. El muro de ladrillos, el rostro de una mujer y el hábitat enigmático y fabuloso de una sirena convergen en esta esquina para dar pábulo a una de las

pulsiones del espíritu humano más intensa, liberadora y sublimadora: la fantasía. Perezosa y suave, la imagen parece mecer su ligeramente su negra cabellera sobre un fondo de naranjas montañas y es un mundo mágico su rostro. Lo más prosaico deviene lo más poético; un pequeño rincón de una tapia, una puerta a otra realidad.



Sin duda, el pie de hormigón de una construcción con fines industriales —¿una antena? ¿un poste de conducción eléctrica?— es uno de los mobiliarios urbanos que *a priori* menos vinculados parece con un sentido de la estética y del diseño armónico. Su existencia, de hecho, está tan marcada por la funcionalidad que, a menudo, para paliar su fealdad, suelen instalarse este tipo de elementos en parques o descampados. Igual que aquí; solo que, merced al poder galvanizador del arte, la mujer de cabello y atuendo coloristas y mirada penetrante, como si estuviera engalanada para llevar a cabo exóticos bailes, convierte con su presencia todo el espacio a su alrededor en una inmensa sala de espectáculos al aire libre.